

1981

Jorge Arrate

Aunque nunca desinteresado por las cuestiones internacionales, jamás como hoy está la izquierda chilena tan vinculada y cercana al escenario mismo de los hechos mundiales y a su gestación. Paradojalmente, considerando su singular lejanía geográfica de los grandes centros de decisión mundial, Chile tuvo durante el siglo veinte una vivencia muy aguda de algunos fenómenos internacionales que, aunque de impacto general en el continente americano, se perfilaron con una influencia singular en la realidad e historia chilenas. Avances científicos y tecnológicos madurados al impulso de las necesidades de las potencias combatientes durante la Primera Guerra Mundial permitieron el desplazamiento del salitre natural por el sintético, anulando el monopolio de que Chile disfrutaba, y con ello, su principal fuente de ingreso. El impacto de este hecho indujo cambios significativos en las características de la economía, en la forma de vida de las clases sociales, en las posibilidades de trabajo y subsistencia de importantes masas proletarias. Un decenio más tarde la crisis mundial del capitalismo extendió sus efectos de los grandes centros industriales a la periferia del sistema. Sostienen los historiadores económicos que Chile fue el país latinoamericano más duramente afectado en su posición financiera internacional y en general en el funcionamiento de su economía. Los reflejos políticos del impacto externo se expresaron, junto a otros factores, en el derrocamiento del gobierno autoritario de Ibáñez, en la audaz tentativa conocida como la República Socialista y en la constitución de la primera expresión orgánica realmente significativa de aquellos grupos y sectores que se reconocían en la idea socialista, al fundarse el Partido Socialista de Chile.

La otrora lejana provincia austral del Imperio Español, cercada entre desierto, cordillera, hielo y océano, aislada Capitanía General entre dos ricos Virreinos, el del Perú y el del Río de la Plata, vio repetidas veces violada una cierta vocación aislacionista por el influjo de eventos que parecían casi ajenos y, que se habían gestado en lugares demasiado lejanos. Jamás en nuestro siglo pasó Chile de espectador a protagonista en el mundo de las naciones hasta 1970 y el inicio del gobierno del Presidente Allende. El proyecto social de aspiración histórica cuya construcción se inició entonces colgó a Chile y los chilenos en el centro de la preocupación del movimiento progresista, de los

Estados que lo observaban con solidaria actitud o al menos con simpatía y de aquellos que veían surgir un experimento antiimperialista y liberador peligroso por su originalidad, creatividad y potencial consenso internacional. En la utopía allendista confluyeron las aspiraciones de liberación e independencia del Tercer Mundo no alineado, los ideales vinculados de socialismo y democracia del movimiento obrero de los países de capitalismo avanzado y la solidaridad de los países del "socialismo real". Los años siguientes al golpe militar de 1973 generaron un amplísimo movimiento de solidaridad y un debate que continúa hasta hoy y que, a no dudarlo, continuará aún largo tiempo, en torno a la experiencia allendista y a la lucha de nuestro pueblo. La magnitud del fenómeno ha sorprendido a los propios chilenos que, al momento de vivir los hechos, no alcanzamos a comprender debidamente la dimensión internacional de ellos como para haber sido capaces de un diseño más preciso y eficaz de acción.

Para todos los países y para prácticamente todos los habitantes del planeta el mundo de hoy es ciertamente más "pequeño" que el de hace treinta, veinte o diez años. Por una parte los grandes avances en el campo de las comunicaciones y en el transporte han permitido acortar los tiempos en que se traducen las distancias físicas y vincular países, ciudades y seres humanos de una manera mucho más directa y rápida. Por otra, la organización de la vida de los Estados, la consolidación de una red de foros y centros de decisión internacional y, en el plano político, la tendencia bipolar con su propia y específica lógica de poder han convertido cada región, cada territorio, cada país, por lejano o incluso pequeño que sea en centros/^{que} de una u otra manera, ya sea por razones geopolíticas, estratégico militar o económicas, tienen una importancia propia, a veces decisiva en el enfrentamiento de las grandes potencias o bloques. En el caso de Chile se agrega a estos factores su protagonismo político en la década de los setenta. El régimen dictatorial no puede prescindir de la comunidad internacional que, en general, lo rechaza y lo aísla al menos moral y políticamente si no con igual fuerza y decisión en el plano financiero y comercial. El movimiento democrático, por su parte, asienta una porción de su fuerza en el bastión del internacionalismo y se enfrenta, especialmente a través del Chile exiliado, de modo más directo a la realidad del mundo. Estamos, pues, como expresé al inicio más insertos que nunca antes en la problemática internacional.

Apunto con estas reflexiones generales a un hecho nuevo en nuestra historia como fuerza política: la izquierda chilena posee hoy día una conciencia y una experiencia mucho mayores respecto a los problemas internacionales, a su rol coadyuvante o condicionante del proceso político interno. Ello le exige traspasar los límites de una etapa programática que, mirada en la perspectiva de hoy, tendió por una parte a simplificar en forma a veces maniquea, a veces esquemática, los problemas internacionales y, por otra, a subvalorar el peso de dichos factores.

Otras exposiciones en este Seminario han abordado aspectos específicos de importancia principal como es la relación con los Estados Unidos y la lucha antimperialista, con el objetivo explícito de "pasar de la formulación de un antimperialismo crítico y genérico a una estrategia antimperialista". Se ha analizado también la coordinación de la lucha a escala continental con el propósito de avanzar en la búsqueda de formas de articulación de los lazos que unen a los movimientos que luchan en los diversos países del continente latinoamericano. Me corresponde intentar algunas reflexiones para el debate sobre la relación entre la revolución chilena y los actores estatales y políticos que participan en la escena internacional. Debo dejar establecido que parto para ello del punto de vista de un militante informado y no de un especialista y, dos, que intento aportar un esquema de problemas que puedan resultar útiles para aquellas fuerzas que se reconocen en el "área socialista" chilena como ha sido definida por el Comité de Enlace de Ariccia, sin perjuicio de que quisiera, por supuesto, que las ideas propuestas pudieran ser acogidas por un espectro político más amplio.

Intento a continuación formular cuatro proposiciones de trabajo y discusión sin aspiraciones definitivas, sino más bien con el ánimo de problematizar el contenido de una definición internacional del "área socialista", a fin de completarlas, modificarlas o sustituirlas por otras más precisas o certeras en el curso de los debates que durante el último año se han venido realizando y de los cuales este Seminario es una continuación. La tentativa no se hace en el vacío: el socialismo chileno posee una larga tradición en el plano de las definiciones internacionales y el tema ha constituido por décadas uno de los puntos que, en un marco afortunadamente unitario, ha diferenciado más claramente a la corriente socialista de las demás de la izquierda. La historia del Partido Socialista de Chile, los aportes de otros partidos de inspiración

socialista, el sello directamente impreso por el Presidente Allende a la postura internacional chilena durante el gobierno de la Unidad Popular, constituyen todos un esfuerzo de teorización y una práctica que son antecedentes ineludibles en una definición para el presente y el futuro. Fijan ellos un conjunto de parámetros generales dentro de los cuales enmarcar definiciones, programas y acciones y que pudieran resumirse quizá en cuatro enunciados: autonomía, no alineamiento, antimperialismo e internacionalismo. No es, sin embargo, tan solo la elaboración del pasado la que establece un marco básico, sino también los cambios registrados en la realidad internacional y específicamente en la realidad latinoamericana y chilena. El contenido de las definiciones básicas exige una puesta al día, a fin de proyectar una definición internacional renovada de la corriente socialista. Y, por último, todo esfuerzo definitorio no puede perder de vista que "lo internacional" no tiene, por cierto, una autonomía de "lo nacional", que es preciso una coherencia elemental entre la propuesta de cambio que se hace a nuestro pueblo, entre la opción socialista para Chile, y su expresión internacional. Se trata de buscar para un proyecto político revolucionario propio una base de sustentación internacional y una expresión internacional que le sean coherentes. Parto, pues, del supuesto que existen elementos compartidos para la definición de un proyecto histórico de sello socialista, perfilado como un proyecto diverso de aquel que pudiera ofrecer la que pudiéramos denominar "corriente de inspiración comunista", aunque no en posición divisoria frente a él. Dicho proyecto constituye una opción de lucha y no de negociación, aspira a sustituir el capitalismo por el socialismo y no a simplemente reformarlo, plantea un ejercicio democrático del poder estatal y no un ejercicio autoritario, se basa en la concurrencia plural de tendencias políticas revolucionarias y no en la idea del partido único o de dominación monolítica de una organización sobre las demás, posee una naturaleza participativa amplia y no excluyente o elitista, tiene un sello claramente clasista y su protagonista es la clase trabajadora que se plantea conquistar la hegemonía democrática sobre el conjunto de la sociedad. Es un proyecto cuyos rasgos más precisos estarán determinados por la realidad concreta de Chile y, en tal sentido, no se inspira en "modelos" predeterminados de valor supuestamente universal ni aspira, al mismo tiempo, a constituirse en "modelo" para otros movimientos o países. ^{Es} En este marco grueso en el que se insertan las proposiciones de trabajo siguientes.

1. El apoyo internacional es un elemento complementario indispensable de la lucha de nuestro pueblo.

Una opción socialista, democrática y autónoma requiere de la adhesión de su propio pueblo y exige que él tenga en su ejecución el rol de protagonista principal. No se trata, pues, de suplir las debilidades en el desarrollo de la propia fuerza y en el avance del movimiento popular de masas con el apoyo externo. Se trata, en cambio, de suplementar la propia fuerza con contribuciones internacionalistas que se caractericen por su esencia solidaria, no condicionada ni orientada por la definición de intereses de Estado. Por otra parte, en las condiciones actuales dicha contribución parece ser una condición sine qua non de todo movimiento revolucionario. Es una lógica que ha impuesto el enemigo, mucho más avanzado que las fuerzas de la democracia y el socialismo en la articulación internacional de su acción.

Es preciso, sin embargo, ir más allá del puro discurso sobre la coordinación de fuerzas o de la afirmación, a veces hecha en abstracto, sobre la "continentalización" de la lucha. En el último tiempo, en torno a las experiencias de Nicaragua y El Salvador, la izquierda chilena ha sido capaz de expresar una solidaridad útil y concreta. Se trata, como en estos casos, de avanzar en situaciones específicas y con aportes no sólo discursivos. La situación de la izquierda en América Latina, su extrema debilidad en algunos países, su fraccionamiento histórico en otros, hacen difícil plantearse hoy mecanismos globales de coordinación aunque ellos sean, sin duda, los más eficaces en la teoría. Partimos de una realidad que es diversa de nuestros deseos. América Latina ha sido disgregada como unidad por su propia condición de sometimiento, de pobreza y de dependencia. Sus realidades nacionales son profundamente diferenciadas y, en muchos casos, la relación entre países latinoamericanos es más débil en lo económico, en lo comercial y hasta en lo cultural, que los lazos con la potencia imperialista hegemónica. Ello no obsta a que siga siendo válida como aspiración la idea de una Federación de Repúblicas Socialistas de América Latina que los fundadores del socialismo chileno hicieron suya. Es necesario, sin embargo, avanzar de acuerdo a las realidades de hoy y, en este plano, la izquierda chilena y, dentro de ella la corriente socialista, pueden efectuar una especial contribución.

Declararse autónomos y pedir apoyo internacionalista en el marco de esa autonomía requiere entregarlo en las mismas condiciones. Si para nosotros es indispensable el apoyo internacional también lo es para otros países. El área socialista puede y debe darse a sí misma un programa

internacionalista que plantee aportes concretos a entregar a la lucha de otros pueblos en el período próximo.

2. Es preciso proponer programas y acciones concretas en ciertas áreas específicas donde se produce una intersección crítica entre lo nacional y lo internacional.

Son muchas las áreas concretas en que se entrelazan estrechamente cuestiones que pudiéramos denominar "nacionales" o "internas" con aquellas "internacionales". Deseo enfatizar la necesidad de avanzar en definiciones mucho más precisas que las actuales en a lo menos dos de esas áreas.

Una es el área de la economía. Nuestra propia y dramática experiencia durante el gobierno del Presidente Allende demostró cuan sensible a las presiones desestabilizadoras impulsadas desde el exterior es una economía estructuralmente débil y de poco desarrollo relativo. Si bien es efectivo que las políticas específicas que ^{aplique} el movimiento revolucionario pueden facilitar la tarea desestabilizadora, me parece evidente que no constituyeron el elemento principal en el proceso de dislocación económica como el ocurrido en Chile durante el período 1970-1973. El fenómeno de la dependencia crea sus propios "círculos viciosos" de protección, en el sentido que todo proceso que intente destruir relaciones perversas de dependencia encontrará en el propio tejido de esa dependencia los obstáculos principales que activará el propulsor de la desestabilización. Las finanzas internacionales y el acceso a la tecnología tanto para la infraestructura productiva existente como para la que se genere en un proceso de acumulación nueva, constituyen dos puntos claves de la trama de la dependencia. Una opción democrática y socialista creíble y sería requeriría ser capaz de prever los obstáculos que encontrará en su camino, de delinear desde ya una estrategia para enfrentarlos. Esa estrategia comprende en el momento actual a lo menos dos cuestiones: una, la definición de un criterio con respecto a los mecanismos de cooperación económica internacional actualmente operantes, de modo de influir para que ellos se orienten al debilitamiento de las estructuras políticas dictatoriales y al fortalecimiento del movimiento democrático de masas. Dos, la explicitación de las formas específicas que en los planes de reestructuración económica que propone la opción socialista se atribuye a la cooperación económica internacional, avanzando en la estructuración de una red potencial de apoyo que vaya, desde ahora, expresando un sostén concreto a una eventual alternativa democrática.

Otra área de vital importancia es el área de la defensa nacional. Específicamente en el Cono Sur de América Latina el sistema de dictaduras ha significado un impresionante desarrollo de la capacidad bélica de los respectivos países. Ese desarrollo se da además, en un marco en el que es posible anotar al menos dos hechos relativamente nuevos a los que se ha prestado insuficiente atención por las fuerzas políticas chilenas. Uno es la creación en varios países del continente, especialmente en Brasil y Argentina, pero también ahora en Chile, de una importante capacidad propia de fabricación de armamento pesado que permite incluso su exportación. Otro es el desarrollo creciente por parte de los mismos países de una capacidad de manejo de tecnología nuclear. Ocioso es resaltar la importancia de este hecho y sus implicancias tanto para la lucha popular en la región como también en la modificación no sólo cuantitativa sino cualitativa de las relaciones estatales de poder en el continente latinoamericano. El problema general del armamentismo y específicamente el armamento nuclear requerirían un tratamiento conjunto de las fuerzas populares de los diversos países en la perspectiva de plantearse América Latina como una zona de paz y de defensa del ser humano.

En el mismo terreno, es necesario subrayar también/^{que} la factibilidad de proyectos revolucionarios autónomos en la región está en estrecha relación con la capacidad de diversificar los puntos de apoyo tanto en lo económico como en lo militar de modo de impedir que la lógica de los bloques se imponga y logre sustituir una postura de no alineamiento activo por una de subordinación y dependencia.

3. Se trata de crear un amplio arco de puntos de apoyo internacional, que considere los cambios en la realidad del mundo, en la perspectiva tanto de la lucha de hoy como de la construcción social de mañana.

Para una opción socialista autónoma y democrática es indispensable recabar el apoyo internacional del conjunto de la amplia gama de fuerzas políticas y estatales que constituyen hoy el movimiento progresista internacional. Ello implica mantener la tradición del socialismo chileno de negarse a aceptar la lógica de bloques o de la división del mundo en bloques como línea demarcatoria fundamental.

Es preciso, en este terreno, reconocer los cambios, en general positivos, registrados en el cuadro de fuerzas internacionales en las últimas décadas. La imagen de fuerzas existentes, por ejemplo, en 1933 al momento de fundarse el Partido Socialista de Chile es hoy día básica-

mente diversa. Por senalar las diferencias más importantes y sin la pretensión de ser exhaustivos, pueden indicarse los siguientes elementos.

Hace cincuenta años existían en forma orgánica dos grandes internacionales, la Segunda de orientación socialdemócrata y la Tercera, de inspiración comunista. Las relaciones entre ambas pasaban por su período más crítico en la medida que la política denominada del "tercer período" impulsada por el movimiento comunista, identificaba a la socialdemocracia con el social fascismo. La evolución seguida por ambas ha sido diversa. La Segunda continua manteniéndose como organización, hasta hace pocos años básicamente europea, pero acentuando cada vez más sus características de instancia de coordinación y no de imposición de políticas generales de valor universal y obligatorio para sus miembros. La Tercera, en cambio, continuó siendo una organización rígida, comando superior de la revolución mundial, bajo la dirección personalista y autoritaria de Stalin hasta su disolución durante la Segunda Guerra Mundial y su reemplazo por una instancia de coordinación e información, la Cominform, también disuelta posteriormente. Es decir, las dos grandes corrientes del movimiento obrero internacional han evolucionado en una dirección más flexible y abierta, siendo posible hoy día reconocer diversidades en su interior.

Tal es el caso, sin duda, de la Segunda Internacional, donde conviven hoy los grandes partidos de los trabajadores europeos y una gama de partidos y organizaciones de países del Tercer Mundo, varios de ellos de América Latina. El movimiento comunista, por su parte, ha visto el surgimiento en su seno de la tendencia autonomista yugoslava del Mariscal Tito, la difusión del "autonomismo" explicitado en 1956 por Togliatti y expresado actualmente en el denominado eurocomunismo, la diáspora china y, hoy, el surgimiento en el seno de las propias organizaciones comunistas de países de Europa del Este, al menos en Polonia, de tendencias renovadoras y democratizadoras que parecieran llamadas a jugar un importante rol en la afirmación de las vías nacionales al socialismo y en el rejuvenecimiento de las ideas que movilizan a las sociedades del socialismo experimentado.

En el plano de las relaciones estatales es posible verificar que en medio siglo la Unión Soviética ha dejado de ser el único país donde se realiza una experiencia de carácter socialista. El "socialismo real" constituye hoy una realidad sólida y fuerte, especialmente en el plano militar, situación absolutamente diversa a la del "socialismo asediado"

de hace medio siglo. Si al momento de la Revolución de Octubre y en el período siguiente pudo haber existido alguna base para hacer monolítico el movimiento revolucionario internacional y limitar el derecho a crítica en su seno ---dejo constancia que incluso en ese marco Rosa Luxemburgo lo ejerció eficazmente hasta su muerte--- en virtud de la necesidad del socialismo naciente de ser defendido en todos los niveles e instancias frente a la agresión de que era víctima, hoy dicho argumento no encuentra fundamento alguno. Ideas como la existencia de vías nacionales al socialismo, de autonomía dentro del movimiento, de reconocimiento de las diversidades nacionales, han sido, a lo menos en abstracto, aceptadas en el seno del movimiento comunista.

En el mismo plano el grado de atención que los grandes Estados del Occidente europeo otorgan al Tercer Mundo y, específicamente, a América Latina ha aumentado sensiblemente. Las fuerzas que tratan de construir para Europa un rol autónomo en la escena internacional y no el de simple aliado de los Estados Unidos contra la Unión Soviética avanzan significativamente. La reciente elección de un socialista como Presidente de Francia abre, por ejemplo, importantes perspectivas de una renovación de la política hacia los países dependientes y de un apoyo real a los movimientos de liberación.

En el hecho, pues, los espacios políticos para opciones socialistas autónomas son hoy mucho mayores que ayer. La aspiración de los fundadores del socialismo chileno en 1933 tiene hoy día una factibilidad muy superior a la que poseyó en aquella época. No obstante, si bien en el plano político el mundo del socialismo se reconoce hoy mucho más como una suma de diversidades y no como un bloque homogéneo de ideas y prácticas, es preciso tener en cuenta que la lógica de bloques, continua ejerciéndose asentada, principalmente, en argumentos de seguridad y en la fuerza militar. Aunque la autonomía ha ganado espacio en lo político el peso del factor militar continua amenazando sus posibilidades creadoras. Dicha lógica ha recibido recientemente un importante impulso con la elección de Reagan como Presidente de los Estados Unidos.

Con todo, las circunstancias globales de hoy son más favorables. La opción autónoma de Yugoslavia enfrentó para asentarse enormes dificultades, fundamentalmente la permanente agresión de Stalin. Son mucho mayores hoy las posibilidades de una Nicaragua de constituir una opción propia, en la medida que se ha flexibilizado en lo político el mundo internacional.

Es posible, hoy más que ayer, recabar expresiones concretas de un nuevo internacionalismo que sirva de base de sustentación externa a una área socialista autónoma. Síntomas precisos de la voluntad de ejercer ese nuevo internacionalismo, no sectorio ni excluyente, capaz de reconocer la legitimidad de las diferencias nacionales e incluso de aceptar las discrepancias en la lucha antimperialista y por el socialismo, son ya numerosos/^{tanto} en la práctica de partidos socialistas y socialdemócratas europeos como de partidos eurocomunistas o de partidos comunistas de Europa del Este. En América Latina la Revolución Cubana posee ya una larga práctica internacionalista de sello original, siempre inspirada en un espíritu solidario amplio y no sectorio.

Construir el arco de fuerzas internacionales es un ejercicio que requiere la sutileza que impida el desequilibrio que enajena la autonomía y desliza hacia el "bloquismo". Se trata de construir una opción que en lo internacional no sea ni anti ni pronorteamericana sino antimperialista, ni anti ni prosoviética sino por el socialismo y la libertad. Se trata de pronunciarse sustantivamente frente a conductas y no a imágenes o supuestos símbolos que, a veces, no representan aquello que aspiran. Una posición internacional honesta y clara, no fundada en intereses de coyuntura o en tentativas de instrumentalizar la ayuda, orientada exclusivamente a fortalecer la opción de cambio propuesta al pueblo de Chile, es hoy posible y necesaria. Lo será también una vez derrotada la dictadura, reestablecida la democracia e iniciado el camino de construcción socialista. Toda política internacional de la opción socialista autónoma es una política de aspiración estratégica o no cumple con los requisitos que las características de la opción imponen. El arco de puntos de fuerza internacional que seamos capaces de conformar hoy habrá de ser mañana la base de apoyo para la ejecución del proyecto histórico que planteamos.

4. Una opción socialista autónoma debe expresarse mediante posiciones de principio en los grandes temas del debate y de la vida internacional.

Se trata, en realidad, de definir la participación de una fuerza socialista autónoma como una participación plena. Sólo así es posible recabar y recibir solidaridad internacionalista y efectivamente entregarla. No se trata, como a veces se afirma intencionadamente, de sobredimensionar los efectos o consecuencias de los propios planteamientos. Chile es un país pequeño y alejado de los grandes centros de decisión internacional y sus fuerzas políticas progresistas atraviesan hoy por

una crisis de reidentificación y reconstrucción. Ello no puede ser, sin embargo, argumento serio para evitar una plena participación internacional. La plena participación internacional significa ser capaces de tener un pronunciamiento y una opinión traducibles en acciones, basadas en criterios de principio, sobre los grandes tópicos del debate internacional actual y sobre cada uno de los hechos relevantes para el avance de la democracia y el socialismo, para los procesos de liberación e independencia de los pueblos.

Mientras en ciertas materias organizaciones y sectores de inspiración socialista aportan una rica tradición de definiciones o de criterios, en otras, generalmente las que han llegado a ocupar el centro del debate en la época más reciente, los antecedentes son menores. Así por ejemplo, los principios de la independencia de los Estados, de la plenitud de la soberanía nacional y de autodeterminación, han sido en el pasado reafirmados en diversas ocasiones. Su aceptación como principios formales consagrados en textos internacionales americanos constituyó un largo proceso de presión y lucha de los países de América Latina permanentemente amenazados por el intervencionismo de los Estados Unidos. El hecho que no obstante su aceptación formal el imperialismo continúa violándolos de manera más o menos sutil, más o menos abierta, y que en diversos casos ---el más reciente el de El Salvador--- intervenga con asesores militares y se plantee incluso la perspectiva de una intervención con fuerza armada regular, demuestra que la no intervención, la defensa de la soberanía nacional, y la autodeterminación constituyen principios necesarios para la defensa de los países pequeños frente a la fuerza militar de los países grandes o poderosos y para permitir que las energías de los propios pueblos puedan expresar su rebeldía liberadora sin verse constrenidas por intervenciones imperialistas. No son, por cierto, equivalentes ni en sus motivaciones ni en sus resultados los actos de intervención ejecutados por potencias socialistas o en nombre del socialismo, con aquellos que realizan las potencias imperialistas. El hecho que no lo sean no es, sin embargo, motivo suficiente para aprobar unos mientras se condenan los otros. Lo que está en juego en situaciones de este tipo no es el análisis de cada caso específico, la "bondad" o "necesidad" de la intervención, sino algunas cuestiones de principio que, para un movimiento socialista autónomo que sitúa su teatro principal de acción en un país como Chile deben tener un valor general y permanente. Se trata que cada pueblo acumule energías para resolver sus propios problemas y decida por sí mismo la mejor forma de derrotar a sus enemigos y de construir una sociedad socialista y libertaria. La aceptación del

intervencionismo, so pretexto de su carácter socialista o prosocialista o de formulaciones tendientes a restringir la soberanía nacional por razones similares se inspiran más bien en el criterio de identificar a un grupo de Estados o aun Estado como los promotores principales del socialismo y, por tanto, generalmente, a confundir los intereses del movimiento con los de ese o esos Estados. Como lógica consecuencia ese criterio implica revisar el contenido de los conceptos de autonomía y de nuevo internacionalismo y atribuirles significados diversos o proyecciones distintas a los compatibles con una opción como la que hemos delineado.

Diversos temas de carácter económico y social requieren de un análisis más profundo y de pronunciamientos explícitos. Toda la temática del denominado "otro desarrollo" que se encuentra por ahora focalizada en determinados foros internacionales, plantea diversos problemas a los que no puede permanecer ajena una alternativa socialista autónoma. Se trata de poner en tela de juicio muchísimos de los criterios ampliamente difundidos y aceptados hasta ahora en relación con el concepto, características y medición del fenómeno del desarrollo. La influencia de los criterios o tesis consagradas es ampliamente predominante hoy y tiene una directa influencia en la definición de las relaciones gubernamentales entre países avanzados y países dependientes y de las relaciones de estos últimos con la tupida red de organizaciones gubernamentales e internacionales de cooperación con el Tercer Mundo. El tema del "otro desarrollo" reconstruye una utopía diversa a la utopía dominante que transforma en paradigmático el tipo de desarrollo surgido del proceso capitalista nacido con la Revolución Industrial, tipo que en muchas áreas ha permeado también los criterios y la planificación socialista en los países de Europa del Este. Al hacerlo coloca en el centro los problemas políticos, el problema del poder en la sociedad, y excluye, por lo tanto, los riesgos de una aproximación puramente tecnocrática como aquella en que se desliza generalmente el razonamiento de aquellos que parten de la aceptación acrítica de un modelo o tipo de desarrollo que debería reproducirse en el Tercer Mundo. Asimismo participar plenamente en la vida internacional significa tener planteamientos explícitos respecto al amplísimo debate sobre el llamado Nuevo Orden Económico Internacional y sus consecuencias. Dicha temática involucra hoy prácticamente a todos los países del mundo. No es posible estar ausente de ella.

Finalmente, la temática de los derechos humanos debe formar también parte de nuestra definición internacional. La última década, especialmente, ha visto un surgimiento del tema como uno de los importantes en la discusión política internacional. No es exagerado afirmar que la experiencia trágica de nuestra derrota con su brutal secuela constituyeron un elemento significativo. En contribuir al desarrollo de la temática de los derechos humano y en agregar nuevos elementos de sensibilización a las muchas e importantes experiencias aportadas anteriormente por la lucha de otros pueblos, movimientos o grupos humanos. El curso de los acontecimientos en otros países latinoamericanos, especialmente Argentina y Uruguay, donde se ha registrado un grado de brutalidad y de sistemática violación de los derechos de la persona humana difíciles de igualar, han contribuido a colocar la situación de América Latina como conjunto común de los capítulos principales del debate sobre los derechos humanos hoy día. Carter instrumentalizó el tema en la lógica de la política de bloques, restando seriedad y fuerza a sus planteamientos teóricos. Queda en pie, sin embargo, que en la inspiración de su política estuvo sin duda presente el hecho que sectores muy significativos del pueblo y de la vida social norteamericanos la compartían y apoyaban. Son ellos una base de lucha que no ha desaparecido ni dejado de luchar. Los obstáculos hallados en el Congreso norteamericano por el gobierno Reagan para responsabilizar de la materia a un personaje que más bien posee un curriculum caracterizado por ser un justificador de violaciones de derechos humanos, en vez de un defensor de los derechos humanos, demuestran que la política Carter más allá de la hipocresía con que fue puesta en práctica y de los límites frustrantes que el propio Carter le impuso, correspondía a valores y criterios que pudieran ir adquiriendo en el futuro una cierta permanencia y solidez en la política norteamericana o, al menos, generar una fuerte plataforma de apoyo en el tejido social y cultural.

En cuanto a nosotros, la convicción muy extensamente alcanzada en el seno del movimiento popular en cuanto al valor de los derechos humanos y a la necesidad de su defensa internacional, se ve reforzada por un compromiso de gran envergadura moral /^{que} al haber recibido una solidaridad tan amplia y sincera con la lucha y el sufrimiento de nuestro pueblo, una fuerza socialista autónoma puede y debe asumir.

(Presentación entregada al Seminario sobre "Bases para una política internacional del movimiento popular" organizado por el Comité de Enlace de la Convergencia Socialista en Estocolmo, Junio de 1981).